

JUAN MARTINI

Qué corregiría  
hoy de mi vida  
como escritor



Página 3

LOS HIJOS SE HAN DORMIDO

Chéjov le habla  
al oído al hombre  
contemporáneo

Página 4



GÜNTER GRASS

Poema y  
polémica

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 19 | JUEVES 12 DE ABRIL DE 2012

# Hundirse

por Gustavo Nielsen



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Con la publicación de los dos últimos tomos, de cinco que contienen la correspondencia de Julio Cortázar desde 1937 hasta 1984, culmina un trabajo exhaustivo de Aurora Bernárdez —albacea del escritor— y del filólogo Carlos Álvarez al incorporar más de mil

textos inéditos a la edición anterior, realizada en el 2000. En el cuarto volumen, publicado por Alfaguara, encontramos cartas de Cortázar (1914-1984) dirigidas a Roberto Fernández Retamar o a Mario Vargas Llosa. Con este último se empiezan a delinear las

primeras diferencias, referidas a las medidas tomadas por la revolución cubana. La última carta (20 de enero de 1984) está dirigida a Felisa Ramos, donde le cuenta que ha mirado por arriba las pruebas de Rayuela. MORA CORDEU



# Hundirse



➔ GUSTAVO NIELSEN

**E**scribo acerca de lo que me da miedo.

Mi memoria trabaja de un modo particular que nunca termino de entender. Puede estar obsesionada con algunos detalles y recordarlos como a amigos muertos, y de repente olvidarlos como si jamás hubieran existido. Eso me pasa con el recuerdo de mi Servicio Militar. Hay detalles puntuales que concentran la memoria de toda la guerra, de esos días oscurecidos por los nervios, y cosas importantes que no sé por qué olvidé.

Cuando estábamos por salir del Distrito hasta Punta Alta, para hacer la instrucción, le pedí un favor a un chico que no conocía. Él se estaba despidiendo de su abuela. La señora lloraba. Yo ha-

bía supuesto que no íbamos a salir esa misma tarde, sino un día o dos después. Ni siquiera había dejado un mensaje en casa. Escribí el número de teléfono en un papel, para que la señora pudiera avisarle a mis padres. A las dos horas viajábamos con el chico en el mismo tren militar. Era carpintero y vivía en Ramos Mejía. Anoté su número de teléfono y lo guardé.

Me habían destinado al Crucero "General Belgrano". Estábamos a dos semanas de que empezara lo de Malvinas. Yo era radarista; recorría los pasillos metálicos del buque desde la planchada hasta la sala de mandos. Las puertas eran rectángulos con los vértices curvos; había que levantar los pies para pasar de un compartimiento al otro. Llegué a dormir muchas noches a bordo, en la cucheta que tenía asignada, dentro de un camarote para seis conscriptos. El espacio entre cuchetas era tan angosto que hacía difícil el despertar sin golpear con la cabeza en el elástico superior. La sala de radares del Belgrano, con la luz apagada, pa-

reciaba la cabina de un avión. La luz de cada pantalla daba sobre nuestras caras con distintos tonos de amarillos y verdes. Era algo mágico, que me tocaba hacer por el simple mérito de ser universitario (había rendido correctamente el examen de ingreso a Arquitectura) y porque todavía no había llegado mi pase para la Capital.

Pero una mañana llegó; el peligro de la guerra era grande y mi padre, que hasta ahín no había reaccionado porque creía que la colimba iba a poder templar mi carácter podrido, hizo funcionar sus contactos de urgencia. Yo estaba feliz porque volvía. Para cubrir mi lugar en el buque recomendé al carpintero, que para ese entonces era mi amigo, y porque a él le encantaba estar ahí. Nos dimos un abrazo de despedida. Volví a Buenos Aires con un mensaje tranquilizador para su abuela: ese barco estaba mal pertrechado; jamás iba a mo-

verse demasiado lejos del puerto.

Torpedearon el Belgrano un domingo a la siesta. Yo estaba en Castelar, acababa de almorzar y tenía abierta la ventana del dormitorio. Desde la calle venía un murmullo extraño, como de propensión. Valiente muchachada de la Armada.

Conservé el teléfono del carpintero durante largos meses. Llamaba casi todos los domingos; de tarde, de noche, de mañana. Siempre contestaba la abuela. Oía su voz y cortaba inmediatamente. A cada rato me acordaba de él. Lo veía perdido en una balsa, mojado, viendo escorar su radar en medio de vientos de huracán. Imaginaba los ahogados, el incendio del impacto, la fisura en la piel del crucero. Las sonrisas inglesas. Cada vez que marcaba ese número veía la gente cayendo desde cubierta, chupada por la vuelta de campana, absorbida hasta un fondo sin

peces ni luces. Veía apagarse la estela final del radar, esa luciérnaga giratoria que dirigía mi amigo.

"Soy una mujer vieja y me está asustando", dijo un día su abuela, cansada de atender un teléfono vacío. Entonces quemé el papel con el número escrito en mi letra. Y, aunque ya lo sabía de memoria, me esforcé por no llamar. Pasó un año. Sentí que el momento de la verdad había llegado. Junté el coraje necesario para decirle a la señora que quería saber de su nieto, enterarme de lo que hubiera sucedido. Malo o bueno. Quería decirle que yo no había tenido la culpa, que lo recomendé para el puesto porque él ansiaba eso, porque le fascinaban esas pantallas luminosas y exóticas, como televisores con la imagen deshecha. Marqué el número. Me atendió otra voz. Mi memoria, en un ingenioso modo de defensa, había cambiado las cifras.

Hoy ese chico debe tener cincuenta años. Sé que es petiso, morrocho, de buen reír, y tiene las manos llenas de callos.







## CUENTOS DE YUSHIMITO

En *Lecciones para un niño que llega tarde* el escritor peruano Carlos Yushimito configura un volumen de cuentos que roza lo fantástico y lo realista con una misma prosa precisa, centrándose en la construcción de climas atravesados por personajes tan

cruels como inocentes. "Por la dinámica que tengo al escribir, no soy un autor que se dedica tanto a los argumentos -explica Yushimito a **Télan-**: centro la atención en la creación de atmósferas". Y en los personajes, "porque son cosas indesciflables, sobre

todo en la narrativa en primera persona, que es lo que exploro aquí", indica sobre el libro publicado por editorial Duomo. Yushimito tiene dos selecciones de cuentos anteriores: *El mago* (2004) y *Las islas* (2006).

JUAN RAPACIOLI

# Qué corregiría hoy de mi vida como escritor



JUAN MARTINI

Un escritor casi siempre llega un poco tarde a la certeza de que lo que escribe tiene un sentido que lo trasciende. Y esa certeza sólo es tal o puede configurarse como tal cuando se produce, con el paso del tiempo, como algo propio, más allá de elogios, premios y reconocimientos externos. El escritor joven vive esperando demasiadas cosas: publicar su primer libro, ver qué dice la crítica, y saber si se vende mucho, poquito o nada. Cada una de estas tres esperas es lo primero que corregiría hoy de mi vida como escritor.

Publiqué mi primer libro, *El último de los onas*, en 1969 cuando tenía 25 años. Muchos escritores de mi generación publicamos cuando éramos muy jóvenes. Por ejemplo: Saer a los 23, Piglia a los 26, y Briante a los 20! Yo, hoy, preferiría haber esperado un poco más. *El último de los onas* reunía diez relatos breves y experimentales, productos de la influencia de una época del *Joyce* más incomprensible que el que yo había publicado mi primer libro. En estos términos se podría pensar que pronto 1.500 ejemplares vendidos. En estos términos se podría pensar que pronto 1.500 ejemplares vendidos. En estos términos se podría pensar que pronto 1.500 ejemplares vendidos.

De todas maneras no me arrepiento del todo. En 1969 había publicado mi primer libro, Héctor Schmucler celebró mi audacia exploratoria en la revista *Primera Plana* y la editorial me pagó muy pronto 1.500 ejemplares vendidos. En estos términos se podría pensar que pronto 1.500 ejemplares vendidos. En estos términos se podría pensar que pronto 1.500 ejemplares vendidos.



No hay nada en la literatura como no deberle nada a nadie. Sea para morir ignorado o aplaudido. Los hombres pasan, los libros quedan, o no, pero lo más significativo que el escritor habrá logrado es escribir exactamente lo que quiere...

plares. ¿La verdad? Estos resultados me producen alivio: siempre es mejor la indiferencia que la arbitrariedad o la ignorancia. Y el escritor aprende, con los años, que las ventas de un libro son casi siempre el más cruel de los reflejos de aquello en que las corporaciones han convertido el mercado en el que se compra y se vende la literatura. Peter Handke, antes de su novela inabordable *El año que pasó en la bahía de nadie* (1994), de su discutido apoyo en 1999 a los serbios y de su más reciente conversión al conservadurismo de la Iglesia Ortodoxa, fue un autor al que leí con entusiasmo. Digamos que lo leí hasta *La parte de la noche* (1987) y que sus declaraciones me conmovían y me hacían pensar en mí mismo como escritor. Handke decía que si pudiera volver a empezar no publicaría fotos suyas en sus libros, no concedería entrevistas, y no participaría en la vida so-

cial literaria. Esa idea de preservación de la vida privada me abrió las puertas para pensar que el sentido de la obra de un escritor está siempre fuera del alcance de todos los procedimientos que pretenden ocuparse de ella. Llevadas a un extremo las decisiones retrospectivas de Handke conducirían al ermitaño de Salinge pero sin el riesgo de confundir la privacidad con un delirio. Hay algo que es imprevisible cuando el escritor joven publica su primer libro: ¿cuál será el escenario en el que desembocará su obra 50 años después? A mi generación le ha tocado un avance fulminante de la tecnología y de la comunicación, el más o menos cercano final de los libros en papel, el desarrollo de nuevos soportes, y una especie de frivolidad de la experiencia que hace de todo más o menos nada. Es entonces, aquí y ahora, como le gustaba repetir al viejo marxismo,

cuando uno puede limpiarse las manos en el jean, mirar la tierra que pisa y quedarse muy tranquilo en el silencio. Si pudiera volver a empezar me tomaría un par de años más para publicar mi primer libro, no pondría fotos en ningún lado, no daría entrevistas ni participaría en encuentros o congresos, no tendría ni agente literario ni página web, escribiría en algún blog y derivaría por mis libros con el sentimiento justo de la libertad. No hay nada en literatura como no deberle nada a nadie. Sea para morir ignorado o aplaudido. Los hombres pasan, los libros quedan, o no, pero lo más significativo que el escritor habrá logrado es escribir exactamente lo que quiere, lo que desea, lo que se le da la gana, y esto es quizás lo único que garantiza la soberanía de una obra y su trascendencia. Lo demás, por supuesto y como siempre, lo harán los lectores.





## WAS GESAGT WERDEN MUSS (LO QUE HAY QUE DECIR)

POR GÜNTER GRASS

TRADUCCIÓN DE MIGUEL SÁENZ

... Lo admito: no sigo callando porque estoy harto de la hipocresía de Occidente; cabe esperar además que muchos se liberen del silencio, exijan al causante de ese peligro visible que renuncie al uso de la fuerza e insistan también en que los gobiernos de ambos países permitan el control permanente y sin trabas

por una instancia internacional del potencial nuclear israelí y de las instalaciones nucleares iraníes. Solo así podremos ayudar a todos, israelíes y palestinos, más aún, a todos los seres humanos que en esa región ocupada por la demencia viven enemistados codo con codo, odiándose mutuamente, y en definitiva también ayudarnos.



## CONTRATAPA

OSVALDO QUIROGA

# Chéjov

## le habla al oído al hombre contemporáneo



## Polémica por un poema de Günter Grass

El escritor alemán y premio Nobel de Literatura Günter Grass, autor de *El tambor de hojalata*, criticó con dureza la política nuclear de Israel contra Irán, en un poema publicado en distintos diarios del mundo (ver *Was gesagt werden muss...*).

“La potencia nuclear Israel amenaza la ya de por sí frágil paz mundial” y está “fuera de control”, sostuvo el novelista de 84 años en el texto publicado por *Süddeutsche Zeitung* (Alemania), *La Repubblica* (Italia), *The New York Times* (EE.UU.) y *El País* (España).

“¿Por qué he guardado silencio hasta ahora?”, se preguntó el literato alemán, quien aseguró que hasta ahora había callado para evitar la “condena” de ser acusado de “antisemita”. “Creía que mi origen, marcado por un estigma indeleble, me impedía atribuir ese hecho al país de Israel, al que estoy y quiero seguir unido”, dijo.

La reacción no se hizo esperar: el órgano que representa a los judíos en Alemania consideró “irresponsable” y “agresivo” el poema de Grass, en palabras de Dieter Graumann, presidente del Consejo Central de los Judíos en Berlín. Graumann consideró “triste” que el premio Nobel de Literatura alemán “dé vuelta a los hechos” de forma “irresponsable”. “La amenaza a la paz no proviene de Israel, sino de Irán”, añadió.

El Nobel de Literatura había revelado en 2006 que fue miembro de las Waffen-SS nazis cuando tenía 17 años y los críticos lo acusaron de haber callado tantos años ese dato mientras fustigaba el pasado nazi de otras figuras públicas.

Cuando Daniel Veronese pone en escena a Chéjov, el espectador tiene la impresión de que se trata de una obra escrita días atrás, y pasa por alto que las obras del genial dramaturgo ruso se estrenaron a fines del siglo diecinueve y principios del veinte. Lo que ocurre con Veronese es que se trata de un director de actores excepcional, probablemente el mejor de la escena veronésula.

Prueba de ello es la espléndida versión que ofreció en el Teatro San Martín de la ciudad de Buenos Aires de *La gaviota*, que se presenta bajo el título de *Los hijos se han dormido*. Del mismo autor, Veronese montó antes *Tres hermanas*, bajo el nombre de *Un hombre que aboga*, y *Tío Vanía*, como *Espía a una mujer que se mata*. Títulos aparentemente caprichosos, pero que en realidad ya son fuertes intervenciones del director en las obras que elige.

Daniel Veronese adapta a Chéjov, pero antes de intervenir el texto lo lee con tanta profundidad que descubre en él todo aquello que resulta esencial, y desecha,

con enorme cuidado y respeto, las páginas que hoy no aportan pura vitalidad escénica. La tarea de este creador consiste en generar en el escenario situaciones creíbles y potentes. Aquellos que han defendido hasta el hartazgo el famoso tedio chejoviano seguramente saldrán decepcionados. El problema fue que muchos directores, a lo largo del tiempo, trasladaron el tedio a la platea, cosa que jamás debería ocurrir en el teatro.

Quien conoce a Chéjov sabe que sus personajes soportan las frustraciones de resignarse a una vida a menudo opaca, desprovista de deseos y corralada por las convenciones de la época. Pero el autor de *Ivanov* le habla también al hombre de nuestros días al mostrar la fragilidad de la criatura humana. Entre sus temas recurrentes figura el sufrimiento frente al amor no correspondido, las frustraciones cotidianas y, sobre todo, la imposibilidad para encontrar un camino que acerque al ser huma-

no a la módica cuota de felicidad a la que puede aspirar. Chéjov es un impresionista. Y de la misma manera que en la pintura el impresionismo puede definirse como la captación del tiempo a través de la luz, las criaturas chejovianas resultan sorprendidas en una larga siesta de verano o en un instante fugaz, que puede pasar inadvertido si no se tiene el oído atento.

“¿Por qué va usted siempre de negro?”, le pregunta Medvedenko, un humilde maestro de pueblo, a Masha. Y ella responde: “Es el luto por mi vida. Soy desgraciada”. Lo dice tan brutalmente que casi parece una broma. Ese es el estilo de Chéjov. Avanza a latigazos y cuando el espectador reacciona ya está invadido por el drama de todos sus personajes. El otro gran tema de *La gaviota* es el teatro. “Hacen falta formas nuevas, y si no las hay, más vale que no haya nada”, sostiene Treplev. Y más adelante dice: “Hay que pintar la vida, no tal como es ni tal como tiene que ser, sino tal como la vemos en nuestros sueños”. Y es aquí donde hay que buscar la complejidad del teatro chejoviano.

En los diálogos de Chéjov la realidad se muestra y se oculta al mismo tiempo. Una broma, un dicho popular, una confesión pueden desencadenar en segundos una tragedia. Hay que aprender a leer a Chéjov otra vez. Veronese emprende el camino cuando en el programa de mano escribe: “Me gustaría que flote una pregunta entre la obra y la platea: ¿no se puede intentar evitar ese despojo espiritual y permitir que fluya la energía necesaria para vivir en plenitud?”.

Quienes hayan visto *Los hijos se han dormido* en la sala Casacuberta del Teatro San Martín seguramente se dejaron llevar por la acción que desplegaron los personajes. Probablemente hayan percibido entonces la rara vitalidad de un grupo de actores excepcionales en la piel de seres que viven en el desencuentro y en la infelicidad. Y desde ese lugar nos hablan al oído. En algún sentido todos somos criaturas de Chéjov.